

Construcción y usos del “enemigo” político en el discurso de un periódico regional: *La Nueva Provincia* durante las presidencias radicales (1916-1930)

Por Laura LLULL

Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina

1. Introducción

SEGÚN LA CONOCIDA TESIS de Carl Schmitt, la discriminación entre amigos y enemigos constituye la distinción específica de lo político.¹ Para el pensador alemán, tal distinción corresponde a criterios relativamente autónomos de cualquier otra oposición como, por ejemplo, la que contrapone el bien al mal en moral o lo bello a lo feo en estética.² De acuerdo con dicha tesis, el carácter autónomo de esta categoría no podría reducirse a (ni fundarse sobre) ninguna de estas oposiciones. Así, el sentido de la dialéctica amigo/enemigo es expresar el grado extremo de unión o desunión, de asociación o disociación. Asimismo, Schmitt considera que el político es el antagonismo supremo, el más fuerte de todos, y que todo conflicto concreto se toma más político cuando más se acerca a la configuración que opone a uno y otro.³

Los enemigos constituyen entonces una parte intrínseca del espectáculo político y le otorgan su poder de despertar odios, pasiones y miedos. Por ello, los actores de dicho campo y los medios periodísticos construyen simbólicamente a sus enemigos diseñando sus estrategias discursivas en función de sus intereses políticos y económicos. Ahora bien, en política no todos los antagonistas son necesariamente

¹ Carl Schmitt, *La notion de politique*, Paris, Calmann-Lévy, 1972, pp. 66ss

² De todas formas, explica Schmitt, a nivel de la realidad psicológica, el enemigo puede ser tratado como si fuera malo o feo, porque toda discriminación utiliza el conjunto de las oposiciones disponibles. En este sentido, la política recurre a este procedimiento en mayor medida que cualquier otra, *ibid.*, p. 67.

³ Según Jean-Marie Donegani y Marc Sadoun, la tesis de Schmitt, reactivando la vieja concepción de la política como lugar exclusivo de la lucha por el poder, revela tal vez una de las raíces de la dificultad para concebir los partidos políticos en el cuadro de la democracia liberal, puesto que estos partidos, más allá de su supuesta vocación por definir el interés general, se definen en principio como unidades políticas particulares opuestas a unidades rivales. Jean-Marie Donegani y Marc Sadoun, *La démocratie imparfaite. essai sur le parti politique*, Paris, Gallimard, 1994.

enemigos, ya que algunos son respetados y considerados legítimos. Para Murray Edelman, la distinción entre antagonistas inaceptables y aceptables depende de la perspectiva adoptada. Así, si se asume al rival como enemigo se privilegia la consideración de la naturaleza intrínseca del antagonismo, mientras que si se contemplan las tácticas empleadas por el oponente, se lo asume como adversario.⁴ Esta caracterización binaria no se basa en particularidades específicas o inherentes a los individuos o grupos asumidos como tales. De allí que, para descifrar este lenguaje político, Murray estime indispensable privilegiar el estudio de la situación social y las autodefiniciones de los observadores por sobre los comportamientos de los sujetos así etiquetados.

En el presente escrito intento analizar cómo el diario bahiense *La Nueva Provincia* fue construyendo las distintas representaciones de los antagonistas políticos que frecuentaron su universo discursivo durante el periodo correspondiente a las presidencias radicales.⁵ Cabe señalar que este análisis se inscribe en una investigación de mayor envergadura que busca caracterizar la cultura política que el matutino vehiculizó a través de sus páginas en el periodo considerado.

La relevancia de este trabajo puede comprenderse si se considera que un órgano de la prensa escrita como el que me ocupa, de importante distribución no sólo en la ciudad de Bahía Blanca sino también en el norte patagónico, tiene un papel fundamental en la construcción de los imaginarios y comportamientos políticos de sus lectores. En efecto, no podemos subestimar su función de vector de socialización política⁶ en tanto canal de irrigación/difusión de las representaciones que con-

⁴ Murray Edelman, *Pièces et règles du jeu politique*, Paris, Seuil, 1991, pp. 13ss

⁵ La lectura de algunos análisis de Eliseo Verón sobre el discurso político, así como los sugerentes trabajos de Norma García sobre el periódico *Sur Argentino* y de Daniel Lvovich sobre *La Nueva República*, inspiraron en gran medida la elección de mi tema de estudio. Cf. Eliseo Verón, "La palabra adversativa: observaciones sobre la enunciación política", en AAUV, *El discurso político: lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, 1987; Norma García, "Aproximación al pensamiento político neuquino. Un momento de definición partidaria: el *Sur Argentino* y el Movimiento Popular Neuquino (1970-1973)" en *VI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Santa Rosa, 17-19 de septiembre de 1997; Daniel Lvovich, "La imagen del enemigo y sus transformaciones en *La Nueva República*", *Entrepasados* (Buenos Aires), núm. 17 (fines de 1999), pp. 49-71.

⁶ Sobre la noción de socialización política y los mecanismos, lugares y factores de socialización política, véase Annick Percheron, "La socialisation politique: défense et illustration", en Madeleine Grawitz et Jean Leca, *Traité de science politique. L'action politique*, tome 3, Vendôme, Presses Universitaires de France, 1985, pp. 165-185 y *La socialisation politique*, Paris, Armand Colin, 1993.

forman una determinada cultura política, especialmente en una época en que todavía no competía con otros medios de comunicación masiva.

2. *La Nueva Provincia*

DURANTE el periodo estudiado los órganos que conformaron el campo periodístico bahiense respondieron básicamente a dos modelos. Por un lado, encontramos aquellos que adoptaron el estilo de la prensa partidaria y construyeron sus respectivos perfiles en relación directa con un partido político. Por el otro, los que, con mayor o menor éxito, buscaron convertirse en modernas empresas informativas.

Entre estas últimas se encuentra *La Nueva Provincia*, que fue fundada el 1º de agosto de 1898 por Enrique Julio para propender con su prédica a la creación de un estado federal que abarcara los partidos del sur de la provincia de Buenos Aires y las gobernaciones que se extendían a lo largo de los ríos Negro y Colorado y que tuviese a la ciudad de Bahía Blanca como capital.⁷ A medida que transcurrían los primeros años del siglo xx, el diario fue adquiriendo el perfil más claro de empresa periodística comercial y masiva. Para mediados de los años veinte, el matutino ya se presentaba como el de mayor circulación en la provincia de Buenos Aires y en todo el sur del país.

La política empresarial seguida por Julio buscó constantemente incorporar modernas técnicas de impresión, al tiempo que ampliaba el radio de distribución de sus ejemplares hacia el sur argentino, intentando así hegemonizar el sistema periodístico del norte patagónico.⁸ En forma simultánea, el matutino incorporó nuevas secciones para ofrecer a sus lectores notas deportivas, crónicas policiales o comentarios literarios. De esta manera, fue redefiniendo el pacto de lectura que ofrecía a su público buscando construir fuertes lazos de identificación con el mismo.⁹

Por otra parte, su larga y exitosa trayectoria en el campo periodístico local le permitió acumular un capital simbólico que contribuyó a

⁷ Esta propuesta ya había sido auspiciada por el diario local *El Porvenir* en los primeros meses del año 1884. Sobre el tema puede consultarse Hernán Silva y otros, *Bahía Blanca, una nueva provincia y diversos proyectos para su capitalización*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1972.

⁸ Cf. Laura Llull, "Bahía Blanca, prensa y política en la Liverpool del Sur. 1900-1936", en Leticia Prislei, dir., *Pasiones sureñas: prensa, cultura y política en la frontera norpatagónica (De fines del siglo xix a mediados del siglo xx)* (en prensa).

⁹ Dolores Montero y José Manuel Pérez Tornero, "La crónica de delitos en *El País*", en Gérard Imbert y José Vidal Beneyto, coords., *El País o la referencia dominante*, Barcelona, Mitre, 1986, pp. 239-252 y Stella Martini, *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000, pp. 106-107.

legitimar el discurso político que articulaba fundamentalmente en sus comentarios editoriales.¹⁰ En este espacio de reflexión puso en escena las diversas representaciones que conformaban su universo político y que fueron construyendo de esta forma su identidad como enunciador¹¹ y actor político.¹²

3. Los partidos políticos y la democracia argentina

LA transformación en las formas de control y las condiciones de la participación política que supuso el advenimiento de la democracia de masas centraron la reflexión política sobre los partidos políticos. Éstos aparecían como una maquinaria indispensable para la administración de la irrupción del número en política, ya que el sufragio universal implicaba la adopción de tecnologías destinadas a decidir candidaturas, concebir programas y difundirlos entre los integrantes de la sociedad civil. La nueva percepción del papel de dichos partidos motivó el interés por analizar tanto su relación con la esencia y el funcionamiento de la democracia como su característica en tanto modalidad de organización y funcionamiento de la escena política.¹³

¹⁰ Aunque la cultura política de un periódico se manifiesta en todas sus superficies, tanto de redacción como publicitaria, los editoriales son ámbitos privilegiados donde la dirección del mismo despliega sus estrategias discursivas combinando reflexiones con silencios y develando en definitiva su visión del mundo y de la acción política, razón por la que ocupan un escenario privilegiado con respecto a los demás textos de opinión. Desde allí, la dirección del diario transmite los mensajes que quiere hacer llegar a la sociedad civil porque, aunque también se dirija en ciertas coyunturas a la oficial, su principal interés radica en influir sobre la primera, sin dejar por ello de vehicular demandas para la segunda. Sobre las características de las reflexiones editoriales véase Erik Neveu, "Pages 'politiques'", *Mots Rhétoriques du journalisme politiques* (París, Presses de la Fondation Nationale de Sciences Politiques), núm. 37 (décembre 1993); Adriana Bolívar, "The structure of newspaper editorials", en Malcolm Coulthard, ed., *Advances in written text analysis*, Londres, Routledge, 1996, pp. 276-294.

¹¹ Cabe señalar que consideramos al discurso editorial como discurso político porque tenemos en cuenta que su contenido hace referencia a distintos aspectos de la esfera de lo político, Christian Le Bart, *Le discours politique*, París, Presses Universitaires de France, 1998, p. 6, y Alain Trognon et Janine Larrue, *Pragmatique du discours politique*, París, 1994, p. 10.

¹² Se encuentra la caracterización del periódico en tanto medio de comunicación como un actor puesto en interacción con los otros actores del juego político en Héctor Borrat, *El periódico. actor político*, Barcelona, G. G. Mas Media, 1989.

¹³ Pierre Rosanvallon, "Partis", en Philippe Raynaud et Stéphane Rials, dirs., *Dictionnaire de philosophie politique*, París, Presses Universitaires de France, 1996, pp. 449-453; *Le sacre du citoyen histoire du suffrage universel en France*, París, Gallimard, 1996 y *Le peuple introuvable histoire de la représentation politique en France*, París, Gallimard, 1998; Michel Offerlé, *Les partis politiques*, París, Presses Universitaires de France, 1987.

En la Argentina, quienes a principios del siglo xx meditaban sobre los posibles escenarios que abría la transición hacia la democracia que significaba la implantación de la ley Sáenz Peña, generalmente coincidían en pensar que los llamados “partidos de ideas” u “orgánicos” se convertirían en los principales canales de representación política en un futuro inmediato.¹⁴ Organizados en torno a un determinado programa que se comprometían a cumplir si llegaban al poder, los mismos desplazarían a las viejas agrupaciones personalistas de la escena política nacional. Como señala Tulio Halperín Donghi, la función que se le asignaba a los mismos era la de introducir la dimensión ideológica y programática en el juego político.¹⁵ En este sentido, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista y la Unión Cívica Radical con frecuencia eran mencionados como partidos “de ideas”, aunque, en realidad, sólo el Socialista correspondía al perfil que se atribuía a dichas entidades.

Desde la posición de enunciación propia de un analista profesional que se pensaba objetivo e imparcial —tal como exigía el “periodismo moderno”—, *La Nueva Provincia* meditaba sobre estos temas. En su opinión, la sanción de la ley Sáenz Peña constituía un hito trascendental en la construcción efectiva de la ciudadanía política de los argentinos. Reflejo del “progreso cívico” del pueblo, la misma había abierto el camino del proceso democratizador que colocaría al país entre los principales referentes de esta forma de regulación del sistema político.¹⁶ Según argumentaba el matutino, la Unión Cívica Radical había tenido un papel destacado en la consecución de esta conquista, porque había educado al pueblo en estos valores y, así, integrado en el imaginario popular a la democracia como horizonte evidente del bien político.¹⁷ Afirmaba: “El radicalismo ha sido el factor decisivo sin el que todavía, por lo que al uso consciente del voto se refiere, sería en la Argentina [la democracia] una palabra sin contenido real”.¹⁸

¹⁴ Tulio Halperín Donghi, *Ídola y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel Historia, 1999, p. 34. Para conocer cómo pensó esta etapa el diario capitalino *La Nación* puede consultarse Ricardo Sidicaro, *La política mirada desde arriba las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 77-79.

¹⁵ Cf. Tulio Halperín Donghi, “El enigma Yrigoyen”. *Prismas. Revista de historia intelectual* (Universidad Nacional de Quilmes), núm. 2 (1998), pp. 11-21.

¹⁶ Laura Llull, “Aproximación a las ideas políticas de un periódico bahiense, *La Nueva Provincia*, y la legislación Sáenz Peña”, *Cuadernos del Sur. Historia* (Bahía Blanca, EDIUNS), núm. 27 (1998), pp. 109-130.

¹⁷ Cf. Laura Llull, “El periódico como vector de internalización de una cultura política: *La Nueva Provincia* (1916-1922)”, en Roberto Bustos Cara y Mabel C. de Bulnes, eds., *Estudios Regionales Interdisciplinarios II*, Bahía Blanca, EDIUNS, 2000, pp. 245-259.

¹⁸ “Electores y candidatos: nuevas orientaciones”, *La Nueva Provincia*, 19 de marzo de 1918, p. 9.

Según su lectura del desarrollo político nacional, de allí en más se consolidarían los “partidos orgánicos” que constituían, a su juicio, paradigmas de lo que consideraba la modernidad política. Definiendo como tales a aquellas agrupaciones que orientaban su actuación en el escenario político en base a un conjunto de ideas y que no darían cabida en su seno a “personalismos perturbadores”,¹⁹ constataba que tanto la UCR como el Partido Socialista correspondían a esta categoría. Esta afirmación obviaba que antes de realizarse las elecciones presidenciales de 1916 había reprochado al partido de Yrigoyen su falta de programa político e instado a su dirigencia a concretar sus propuestas en la forma de una plataforma electoral que pudiera atraer a los votantes indecisos.²⁰

Con respecto de las fuerzas conservadoras, interpretaba que las mismas se adaptaban difícilmente al escenario político diseñado por la vigencia del voto universal, secreto y obligatorio en razón de sus divisiones internas. Sin embargo, no estimaba que esta circunstancia trajese aparejado ningún tipo de obstáculo para la consolidación de la democracia argentina, por entender que eran episodios normales a países jóvenes que experimentaban este tipo de transiciones políticas. En este contexto, el diario entendía que el Partido Demócrata Progresista constituía una significativa adaptación de la derecha progresista a las nuevas condiciones políticas y económicas del país, aunque considerase que su programa era sólo “nominal”.

Desde una pretendida posición de imparcialidad, que sin embargo no ocultaba su sensibilidad radical, *La Nueva Provincia* presentaba a los partidos que por entonces participaban en el juego político como adversarios. En otros términos, en su imaginario político los representaba como oponentes respetables y aceptados, cuyas diferentes ideologías y estrategias contribuían, en definitiva, a la legitimación del sistema. En este sentido, como todo discurso político, el de *La Nueva Provincia* proporcionaba a su público una visión coherente y simple del escenario político de su época, en la que primaba el optimismo por el futuro de la democracia en nuestro país.

4. De adversario a enemigo: *la metamorfosis del Partido Socialista*

DESDE el punto de vista de la transformación de dicho discurso, consideramos que el clivaje más importante está representado por

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Ibid.*

el conflicto social que la memoria colectiva recuerda como la Semana Trágica.²¹

A semejanza de la mayoría de las publicaciones que conformaban por entonces el campo periodístico bahiense, *La Nueva Provincia* leyó los sucesos de enero en clave conspirativa.²² Así informó a sus lectores que existía un complot instigado no por las federaciones y gremios obreros, sino por “grupos secretos y centros revolucionarios” que habían querido aprovechar las circunstancias para implantar el “régimen maximalista” en el país. Cabe señalar que el discurso político generalmente apela a mitos y símbolos que forman parte del imaginario de la sociedad para explicar una realidad compleja en términos simples y comprensibles, contribuyendo a sostener el orden político existente.²³ Por otra parte, como señala Raoul Girardet, uno de los principales mitos que frecuentan el imaginario político es precisamente el de la

²¹ Para una caracterización de la política laboral de Hipólito Yrigoyen, véase el clásico libro de David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977. Recientemente Ricardo Falcón ha realizado un interesante aporte al tema de la legislación laboral durante el primer gobierno de Yrigoyen, en su trabajo “Políticas laborales y relación Estado-sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1916-1922)”, en Juan Suriano, comp., *La cuestión social en la Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, Editorial de La Colmena, 2000, pp. 111-125; sobre la Semana Trágica véase David Rock, “Lucha civil en la Argentina: la Semana Trágica de enero de 1919”, *Desarrollo Económico*, vol. 11, núms. 42-44 (julio 1971/marzo 1972), pp. 165-215; Julio Godio, *La semana trágica de enero de 1919: insurrección proletaria argentina*, Buenos Aires, Gránica, 1972, y Beatriz Seibel, *Crónicas de la Semana Trágica*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

²² El bisemanario socialista *Nuevos Tiempos* fue la única publicación que no adhirió a la tesis que aseguraba la existencia de un complot bolchevique. Los periódicos de sensibilidad radical como *La Nueva Provincia*, *El Sud* y *El Censor* elogiaron la actuación del presidente Yrigoyen frente a los sucesos de enero y aprovecharon la oportunidad para atacar a sus principales antagonistas políticos: socialistas y conservadores. A los primeros se los sindicó como responsables de la agudización del conflicto social, mientras a los conservadores se los acusó de impedir la sanción de la legislación social propuesta por el primer mandatario desde su posición mayoritaria en la Cámara de Senadores. Por su parte, los de orientación conservadora *El Siglo* y *El Régimen* coincidieron en destacar la ineficacia y torpeza con que el presidente radical manejó la crisis social desatada aquel verano. Sin embargo, tanto radicales como conservadores se mostraron contestes en adjudicar la responsabilidad de los hechos a elementos extranjeros que introducían en el país ideas revolucionarias, ajenas al sentir de los trabajadores argentinos, y por lo tanto señalaron la urgente necesidad de sancionar una legislación que regulara la inmigración como forma de impedir que llegaran al país. Finalmente, desde su lugar ideológico, *Nuevos Tiempos* interpeló a los trabajadores, llamándolos a no permanecer indiferentes a los sucesos de la Capital porque preludaban la renovación completa de la sociedad; Laura Lull, “Prensa escrita e imaginarios políticos: el campo periodístico de Bahía Blanca frente a la Semana Trágica”, en *Actas de las Primeras Jornadas Interdisciplinarias del Sudoeste Bonaerense*, Bahía Blanca, EDIUNS (en prensa).

²³ Le Bart, *Le discours politique* [n. 11]; Leonor Arfuch, “Dos variantes del juego de la política en el discurso electoral de 1983”, en AAVV, *El discurso político: lenguajes y acontecimientos* [n. 5], pp. 27-52.

conspiración. Dicho mito denuncia una confabulación maléfica que tiende a someter a los pueblos a la dominación de fuerzas oscuras y perversas.²⁴

En el contexto signado por esta oscura conspiración vio con suma preocupación la intervención del Partido Socialista, porque esta agrupación, que hasta entonces se hallaba circunscripta a una acción preferentemente legal, apoyaba expresa y abiertamente al movimiento huelguístico.

A partir de aquellos hechos, el diario procedió a realizar una transformación en su definición de los protagonistas del espectáculo político. Así, dejó de percibir al Partido Socialista como un adversario respetable y aceptado para identificarlo como el enemigo. Su estrategia argumentativa pasó a articularse en torno a la denuncia de lo que entendía era el carácter “antinacional” de esta agrupación. A diferencia del socialismo, los demás integrantes del sistema de partidos, pese a sus diferencias ideológicas y estratégicas, compartían todos un mismo “espíritu nacional”. Frente a este peligroso enemigo, convocaba a los argentinos a unirse en los siguientes términos: “Es necesario que el *sentimiento nacional* reaccione intensamente y constituya el núcleo ideológico para la concentración de ideales colectivos bien definidos. Los que no están con nosotros están en contra nuestra”.²⁵

Desplegando la táctica de operar por contraste, propia del discurso político, presentaba a la Unión Cívica Radical como paradigma de lo nacional frente a un partido cuya ideología era netamente internacional. De esta forma simplificaba la realidad de un campo político complejo al mostrarlo polarizado en torno a dos actores —el socialismo y su “enemigo nato”, el partido radical— que libraban una batalla decisiva. La descripción que en términos apocalípticos realizaba el matutino seguramente no dejó indiferentes a sus lectores. Así afirmaba:

Estamos asistiendo a una lucha entre la sociedad y los que viven a su margen. Las naciones que no han sabido sobreponerse en la lucha, están entregadas a un caos que se prolonga años enteros y que las sume en horrores sólo comparables con las pinturas del Dante. Las que tuvieron la suficiente entereza para ahogar a la hidra en su cuna, siguen prósperamente su camino, sin cesar un momento en la vigilancia pero confiadas en haber alejado el peligro y en estar por encima de sus ataques.

Nosotros tenemos que elegir entre uno u otro procedimiento. La lucha es de aquellas en que es preciso que uno de los adversarios sucumba. A los

²⁴ Raoul Girardet, *Mythes et mythologies politiques*. París, Seuil, 1986. También puede consultarse el libro de André Reszler, *Mythes politiques modernes*, París, Presses Universitaires de France, 1981.

²⁵ “Ecos del día: Estado de sitio”, *La Nueva Provincia*, 15 de enero de 1919, p. 8.

gobiernos toca decidir la suerte con sus medidas que [...] no pueden ser paliativos, sino hondos cortes en el organismo que separen de una vez y alejen lo más posible todos los gérmenes nocivos que hoy nos llevan hacia la disgregación.²⁶

Apelando a la metáfora del monstruo mitológico de siete cabezas, el diario aludía al peligro constante que representaba un enemigo que sólo podía ser vencido si el gobierno adoptaba medidas extremas. La necesidad de actuar rápida y eficazmente derivaba de una verdad incontestable: el “bolshevikismo” se había instalado en el país y conspiraba en las sombras preparando un cambio profundo del régimen político que haría parecer “simples pasatiempos de desocupados a los peores días del terror francés y de la inquisición española”. Así constataba:

Hoy cualquier huelga, hasta la más insignificante, hace salir a la luz, no tímidamente sino con una audacia incalificable, los papeles más soeces y más injuriosos para el país entero, en los cuales la firma de los soviets argentinos subraya frases de un atrevimiento inaudito. Han circulado aquí, en los primeros días de la huelga de los obreros portuarios y probablemente seguirán circulando todavía.

De los papeles, hemos pasado bruscamente a las bombas, a los grupos armados, a los depósitos de explosivos. Es una transición que todos esperábamos para el momento menos pensado, pues no habrá muchas personas en la Argentina que se hagan ilusiones respecto a que se incubaba en el país la semilla de los cataclismos que están haciendo estragos en Europa.²⁷

Ante este escenario preocupante para la incipiente democracia argentina, *La Nueva Provincia* se imponía la constitución de partidos con “raigambre nacional”. De allí en más, las líneas de clivaje que separaban a los partidos políticos ya no se definirían en función de diferentes posturas en relación a cuestiones de política interna sino con relación a la “gran batalla” que desde el fin de la primera Guerra Mundial sostenían las dos corrientes políticas que describía en los siguientes términos:

De un lado la idea [...] que ha hecho la civilización moderna, que sacó a la humanidad del caos anterior en que se perdió cuando soterradamente el humanismo griego y la civilización romana cayó (*sic*) en las confusas lobregeces de la Edad Media. Del otro aquella tendencia que, interpretando materialmente la historia, vio en las nacionalidades una limitación al

²⁶ “La segunda intentona”, *La Nueva Provincia*, 15 de marzo de 1920, p. 8.

²⁷ *Ibid.*

progreso y buscó la unión de las clases trabajadoras, dándose la mano a través de las fronteras, el medio de [...] su peculiar concepción política y económica.²⁸

El Partido Radical, de neta tradición argentina, y el Socialista, con su ideología de carácter internacional, eran los protagonistas de esta confrontación en el escenario político nacional. Frente a esta alternativa, el diario deploraba la actitud asumida por la oposición, porque, compartiendo con el radicalismo una “tradición gloriosa de un nacionalismo renovado”, no entendían que la derrota de este partido en el terreno electoral dejaba expedito el camino para el triunfo del socialismo.²⁹ Así comprobaba:

Los enemigos del radicalismo, cuando se trata de cotejar los resultados, suelen hacer este cálculo [...] una oposición de cuarenta por ciento es lapidaria para el partido [...] Y se quedan tan frescos. Si en esos partidos hubiese menos odio o menos ceguera (*sic*), dirían: sobre tantos votantes, el socialismo tiene tal porcentaje; es peligroso y se necesita unión entre todas las fracciones para combatirlo.

Pero no hay peligro de que así se piense. La oposición sigue su tren de tal, por el viejo y trillado camino; y al amparo de las disensiones que así se originan, el trapo rojo progresa tanto como los otros partidos se estacionan.³⁰

En este contexto, *La Nueva Provincia* reflexionaba sobre la conveniencia de que las distintas fuerzas conservadoras se uniesen en una agrupación única. Para lograr este objetivo, les aconsejaba a sus principales referentes políticos que resignaran sus intereses individuales en aras de los intereses de la patria. En su opinión, la imposibilidad manifiesta de estos grupos de constituir un fuerte partido de derecha obliteraba cualquier probabilidad de que el sistema de partidos contase con una entidad política que cumpliera con la acción fiscalizadora correspondiente a los partidos opositores en las democracias modernas. Siguiendo esta línea argumental, les reprochaba a los dirigentes conservadores su falta de “patriotismo” y deploraba que no comprendiesen que las coordenadas del momento exigían la constitución de partidos con “raigambre nacional” que pudieran hacer frente a “los elementos que posponen a un interés de clase otro interés, se aprestan a rendir la batalla decisiva contra un enemigo que se dispersa porque

²⁸ *La Nueva Provincia*, “Ecos del día: Alternativas del escrutinio”, 2 de abril de 1920, p. 5.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ “La curva”, *La Nueva Provincia*, 11 de marzo de 1920, p. 7.

no tiene ni siquiera ese elemento del común interés como base de su concentración”.³¹

5. Retorno a la concepción del juego político como contienda entre adversarios

TRAS los dramáticos sucesos de 1919, el conflicto social disminuyó en intensidad.³² En este contexto, en el imaginario de *La Nueva Provincia*, la representación del socialismo como enemigo político fue reemplazada por la del adversario. El partido de Juan B. Justo volvió así a recuperar su estatus de antagonista aceptado y respetado en la escena política nacional. De allí en más, fue caracterizado como un adversario poco peligroso fuera de la Capital Federal, único ámbito, según la percepción del diario, en donde contaba con un capital político importante.

Hacia fines del primer gobierno de Yrigoyen, cuando empezaba a plantearse el tema de la sucesión presidencial, su discurso había operado otros cambios en su definición del oponente político. Un nuevo protagonista había entrado en el escenario político, pero en esta oportunidad, a diferencia de quienes habían sido caracterizados anteriormente como adversarios o enemigos, el nuevo actor surgía del seno mismo del Partido Radical. En efecto, un sector de esta agrupación, que se caracterizaba como “principista”, comenzó a cuestionar a Hipólito Yrigoyen, argumentando que había traicionado los principios originarios de esta agrupación por ejercer el gobierno de una forma arbitraria y personal.³³ El fantasma del “peligro rojo” dejó paso entonces al riesgo más concreto de la división interna del radicalismo. En esta coyuntura, el matutino buscó descalificar al nuevo adversario asimilándolo a los partidarios del “Régimen” que había sido desalojado del poder por el triunfo de la UCR en 1916. Así, explicaba a sus lectores que la democracia argentina luchaba por alcanzar una posición de equilibrio entre las fuerzas políticas, sociales y económicas en un combate en que se enfrentaban dos tendencias de signo contrario. Por un lado, aquella que representaba la voluntad popular y pugnaba por la consolidación de la democracia y, por el otro, la que constituía un retomo a las prácticas políticas del pasado. Encarnada en el Partido Radical, la primera tendencia buscaba concretar sus ideales de progreso y bienestar, debiendo enfrentar a aquella regresiva y conservadora— que obsta-

³¹ “El obstáculo”, *La Nueva Provincia*, 23 de abril de 1919, p. 7.

³² Rock, *El radicalismo argentino* [n. 21], p. 205.

³³ Ana Virginia Persello, “Los gobiernos radicales: debate institucional y práctica política”, en Ricardo Falcón, *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 61-99.

culizaba su acción constructiva y renovadora. De todas formas, comprobaba con optimismo que la democracia argentina:

Afirmando diariamente su existencia en los diversos órdenes de las actividades públicas, demuestra en los actuales momentos que no la arredran esos accidentes para dar realidad a los ideales que la alientan de una mayor y más cierta y humana justicia social, asegurada por nuevos organismos y estructuras que reemplacen a las actuales, ya inadecuadas por anacrónicas y contrarias a las enseñanzas de la realidad.

En el escenario de la dinámica intrapartidaria, el matutino situaba al antipersonalismo en la segunda tendencia arriba mencionada. La descalificación de este adversario no sólo pasó por asimilarlo a los conservadores, sino también por negarle su carácter "principista". A su entender, estos sectores, que actuaban inspirados por intereses personales, se habían limitado al ataque personal de la figura del máximo jefe radical, sin exponer aquellos principios que afirmaban sostener. Además, añadía el matutino, la existencia de un adversario en el seno mismo del radicalismo era aprovechada por los adversarios externos que aprovechan esta circunstancia para presentar a un oficialismo debilitado por sus conflictos intrapartidarios.

Pese a todo, *La Nueva Provincia* no vacilaba en profetizar que la opinión pública, en definitiva, habría de percatarse de la verdadera naturaleza de estos grupos.³⁴ Según argumentaba, esta capacidad que había adquirido el pueblo elector de reconocer lo que contribuía a consolidar la democracia demostraba el progreso efectivo que se había operado en la conciencia ciudadana.³⁵ Siendo en su opinión la concurrencia del electorado a los actos comiciales otro indicador de dicho progreso, recordaba a sus lectores que:

La eficacia de la ley electoral, como bien lo hizo notar su ilustre autor, radica en que los ciudadanos voten. De esta manera, no solamente será la ley un instrumento para garantizar la libre emisión del sufragio, sino que contribuirá también a la cultura cívica del pueblo; finalidad esta última que una vez alcanzada en su amplitud posible, asegurará al país gobiernos cada vez mejores y más compenetrados de las necesidades públicas y de los medios de satisfacerlas.³⁶

Coincidiendo con las manifestaciones más claras del reformismo conservador, el diario subrayaba así la importancia del sufragio como ins-

³⁴ "Principismo político", *La Nueva Provincia*, 22 de febrero de 1922, p. 7.

³⁵ "El ambiente electoral", *La Nueva Provincia*, 23 de marzo de 1922, p. 7.

³⁶ "Los comicios de hoy", *La Nueva Provincia*, 2 de abril de 1922, p. 3.

tancia pedagógica en la construcción de la ciudadanía.³⁷ De allí su exasperación al comprobar la escasa concurrencia a las urnas, fundamentalmente en ocasión de elecciones de legisladores nacionales.³⁸

Su “incurable optimismo democrático”, que el matutino reconocía profesar, también decaía un tanto cuando comprobaba que los partidos políticos no cumplían con los deberes irrenunciables e ineludibles de toda democracia en camino de su progresivo perfeccionamiento. En efecto, a su entender ni el radicalismo ni las fuerzas adversarias realizaban una intensa y perseverante propaganda electoral, impidiendo así no sólo el adelanto de la cultura cívica del país, sino también la consolidación misma de los partidos políticos como canales de mediación entre las demandas de la sociedad civil y el Estado. Con respecto a este último aspecto afirmaba:

Con afiliados cada día más conscientes de sus derechos y deberes y más dispuestos a no renunciar a los primeros y a cumplir los segundos, los partidos políticos se harían más homogéneos y las dimensiones más raras. El electorado, por su parte, se organizaría mejor poniendo de relieve y con carácter bien definido las tendencias a que obedece y los principios e ideales en cuya virtud se mueve y lucha en el terreno comicial.³⁹

El triunfo de Marcelo T. de Alvear en las elecciones presidenciales de abril de 1922 fue leído por *La Nueva Provincia* en clave optimista. El mismo constituía el testimonio inapelable de que el pueblo argentino sabía elegir a sus gobernantes. Por ello celebraba la imagen del país en marcha progresiva hacia la perfección democrática. Por otra parte,

³⁷ Darío Macor, “Partidos, coaliciones y sistema de poder”, en Alejandro Cattaruzza, dir., *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 49-95.

³⁸ La desilusión que le producía esta comprobación lo llevaba a reflexionar en los siguientes términos: “La educación cívica no se logra en días, ni se consigue con artículos periodísticos, ni surge de las exhortaciones de los oradores populares. Es producto de una educación continuada, de todos los días y de muchos años, que infiltre en la mente del niño la conveniencia y la obligación de hacerse presente cada vez que se trate de nombrar gobernante. Es obra de la escuela, primaria si es posible, donde la instrucción cívica no debe limitarse a la instrucción histórica acompañada de vagas nociones sobre la constitución del país y el número y clase de sus autoridades. Así como se viene pretendiendo que el niño reciba una instrucción práctica, del mismo modo debe tenderse a inculcarle desde sus más tiernos años aquel famoso aforismo, que a fuerza de repetirlo va perdiendo su fuerza, de que los pueblos tienen los gobernantes que se merecen. Y ¿qué gobernantes va a merecer el pueblo que se despreocupa de su suerte de tal modo que huya de las urnas cuando se trata de designarlo?”, “El acto electoral de ayer”, *La Nueva Provincia*, 29 de marzo de 1920, p. 7.

³⁹ “Indiferencia electoral”, *La Nueva Provincia*, 20 de febrero de 1924, p. 7.

buscó minimizar la importancia de las divisiones del radicalismo caracterizándolas como “aparentes” y presentándolas como propias del carácter popular de la agrupación y de la dinámica propia del pasaje de partido opositor a partido gobernante.⁴⁰ Así explicaba:

Las divisiones tantas veces pregonadas se redujeron a simples fragmentaciones propias e inevitables de los organismos populares, que no han quebrado la unidad del bloque partidario, como siempre incólume por virtud de su estructura ideológica y principista y también —¡por qué no decirlo!— por los sentimientos de las masas populares que constituyen el radicalismo; sentimientos que son los factores dinámicos que le han dado el poderoso impulso inicial para dar comienzo desde el gobierno a la obra de reparación reclamada por el país como una exigencia preteritoria del progreso.⁴¹

A principios de 1924 el diario continuaba argumentando que las disidencias intrapartidarias constituían signos de la vitalidad de una fuerza genuinamente popular como la UCR, al tiempo que enfatizaba el carácter “impersonalista” del Partido Radical. Aún así se preocupó por aclarar que existía una diferencia entre lo que denominaba el “mal llamado personalismo” y el “verdadero personalismo”. El primero era un fenómeno propio de los pueblos libres, conscientes de sus derechos, por lo que su existencia en el seno de la única agrupación política eminentemente popular constituía una prueba más del progreso de la democracia argentina. Por el contrario, el segundo correspondía a las prácticas del Régimen, que habían permitido el advenimiento de gobiernos despóticos y oligárquicos. No obstante esta explicación, consideraba absurdo hablar de personalismo en el caso del radicalismo, ya que la mayoría de los afiliados y simpatizantes se congregaba espontáneamente en torno del “más eminente de sus hombres”, de forma consciente y voluntaria.⁴²

Desde su papel de analista político el matutino ampliaba su observación a los restantes actores que por entonces conformaban el sistema de partidos.⁴³ A su entender, del conjunto de agrupaciones que actuaban en el escenario nacional, el Partido Demócrata Progresista era la única fuerza que había tenido la posibilidad de oponerse con

⁴⁰ “El escrutinio”, *La Nueva Provincia*, 9 de abril de 1922, p. 5.

⁴¹ “La elección”, *La Nueva Provincia*, 3 de abril de 1922, p. 4.

⁴² “Personalismo”, *La Nueva Provincia*, 5 de febrero de 1924, p. 6.

⁴³ Sobre distintas visiones del sistema de partidos de la época, se puede consultar Waldo Ansaldi, “¿Un caso de nomenclaturas equivocadas? Los partidos políticos después de la ley Sáenz Peña, 1916-1930”, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José C. Villarruel, eds., *Argentina entre la paz de dos guerras, 1914-1945*, Buenos Aires, Biblos, 1993, pp. 19-63.

alguna eficacia al radicalismo, no sólo porque poseía un programa sino también por el alcance nacional de esta fuerza. Sin embargo, sus dirigentes no habían sabido interpelar a las masas populares y por esa razón se encontraba en camino de disgregarse. En cuanto a las demás organizaciones políticas, profetizaba que al Partido Conservador le cabría igual suerte que al Demócrata Progresista, ya que a ambos los apoyaban los votantes independientes, que luego se desilusionaban de haberles votado. Sin referirse al Partido Socialista, concluía su reflexión afirmando que ambas fuerzas coincidían en “el propósito de hacer oposición sistemática más que de contribuir al progreso del país y al bienestar del pueblo”.⁴⁴

Pese a los esfuerzos argumentativos de *La Nueva Provincia* por restar trascendencia a las disidencias en el seno del partido gobernante, la división definitiva del radicalismo se produjo en agosto de 1924 cuando una asamblea realizada en el teatro Coliseo de la Capital proclamó la formación de un nuevo partido cuya dirigencia estaba constituida por políticos prestigiosos como Leopoldo Melo, Vicente Gallo, José Tamborini y José Camilo Crotto, entre otros.⁴⁵

Ante esta alternativa, el diario de Julio informó a sus lectores sobre la asamblea “de los alvearistas” en el Coliseo, transcribiendo el resumen de los discursos allí pronunciados,⁴⁶ y reiteró su estrategia de quitar importancia a la disidencia radical, pero generalizó la situación de crisis a todos los partidos que actuaban en escenario nacional. La estructura de los mismos se encontraba tan profundamente fragilizada que la unidad de otros tiempos había desaparecido. Su existencia, explicaba el diario, se había caracterizado por las luchas internas determinadas por el juego de los intereses y ambiciones en pugna. Hasta entonces, sin embargo, la unidad de esas agrupaciones nunca se había visto comprometida porque las fracciones habían sabido discernir los límites que debían respetar en la consecución de sus intereses. La situación de conflictividad intrapartidaria diseñaba un escenario en que habían surgido tentativas tanto de formación de nuevas entidades políticas como de reorganización de las ya existentes. Aunque dichos intentos contribuían a generar el clima de incertidumbre que dominaba la

⁴⁴ “La situación de los partidos políticos”, *La Nueva Provincia*, 6 de febrero de 1924, p. 5.

⁴⁵ Eduardo H. Passalacqua, “El yrigoyenismo”, *Todo es Historia*, núm. 100 (septiembre de 1975), pp. 38-67; Ana Virginia Persello, “Los gobiernos radicales: debate institucional y práctica política” en Falcón, *Democracia, conflicto social* [n. 33], pp. 72-73, y Félix Luna, “Los radicales en el gobierno”, en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, Planeta, 2001, pp. 235-264.

⁴⁶ “La asamblea en el Coliseo”, *La Nueva Provincia*, 24 de agosto de 1924, p. 5.

política nacional, aseguraba que el pueblo no se dejaría engañar ni prestaría su apoyo a la organización de nuevos partidos. Careciendo del respaldo popular, toda iniciativa en ese sentido fracasaría ineluctablemente porque, en sus palabras:

La formación de un partido político no puede ser obra de un instante ni el resultado de la unidad de unos pocos. Para que exista un partido político debidamente estructurado, requiérese, en primer lugar, el concurso del pueblo elector o, al menos, de una parte apreciable del mismo, capaz de pesar, por el número y la calidad de sus componentes, en el resultado de las contiendas cívicas.⁴⁷

En el año 1925 creció la tensión entre radicales yrigoyenistas y antipersonalistas debido fundamentalmente al empeño del ministro del interior Vicente Gallo por lograr que el presidente Alvear interviniese la provincia de Buenos Aires, bastión del anciano caudillo radical. Ante la negativa del primer magistrado a tomar tal iniciativa sin el consentimiento del Congreso, el prestigioso dirigente antipersonalista finalmente renunció a su cargo en julio de 1925.⁴⁸

Frente a estos hechos, *La Nueva Provincia* reprochó a Alvear su actitud vacilante frente a las pretensiones de los antipersonalistas y lo acusó de haber profundizado la división de las fuerzas radicales al haber mantenido como colaboradores a políticos que no contaban con el apoyo de su partido. El primer magistrado, sin embargo, había reaccionado a tiempo, orientando su política de acuerdo a los principios de la fuerza que lo había llevado al poder.

De todas formas, el radicalismo seguía siendo el único partido organizado y popular en el escenario político nacional. La deslegitimación de sus adversarios políticos pasaba entonces por minimizar sus respectivos capitales electorales y negarles influencia en la política nacional. Sin embargo, advertía que la posición privilegiada que ocupaba el Partido Radical en el campo político no convenía ni a dicha agrupación ni al país. En consecuencia, este escenario se tornaba preocupante si se tenía en cuenta que la democracia argentina, insistía una vez más, necesitaba de "grandes partidos nacionales, de carácter orgánico y con programas de acción gubernativa claramente trazados".⁴⁹

⁴⁷ "Formación y reorganización de partidos políticos", *La Nueva Provincia*, 27 de agosto de 1924, p. 6.

⁴⁸ Richard Walter, *La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943*, Buenos Aires, Emecé, 1987, pp. 89-99.

⁴⁹ "La política nacional", *La Nueva Provincia*, 4 de julio de 1926, p. 5.

En abril de 1927 *La Nueva Provincia* informó detallada y profusamente sobre las alternativas de la convención nacional de los antipersonalistas que debía elegir la fórmula que dicho partido sostendría en las elecciones presidenciales de 1928. Las disidencias entre los partidarios de Leopoldo Melo y Vicente Gallo le proporcionaron la ocasión propicia para mostrar a su público la imagen de un adversario al que las desmedidas ambiciones de sus dirigentes y sus antagonismos irreductibles convertían en una “ficción urdida con el ingenuo propósito de disimular mal reprimidas impacencias por escalar el poder”.⁵⁰

En marzo de 1928 fue la convención de la UCR la que focalizó la atención del diario bahiense. Con entusiasmo aplaudió la decisión de los radicales de elegir la fórmula Hipólito Yrigoyen-Francisco Beiró para los comicios de abril, porque habían interpretado el anhelo del pueblo al elegir.⁵¹ A partir de ese momento siguió una estrategia discursiva que había empleado en anteriores campañas electorales. En clave maniquea, procedió a caracterizar las dos fuerzas políticas que se disputaban el poder. Por un lado, se encontraba el adversario que representaba el pasado, con todos sus errores y desaciertos, con sus abusos y arbitrariedades y con su concepto excluyente del pueblo que cobraba la forma del “contubernio” entre conspicuos representantes del “Régimen” y radicales antipersonalistas. Frente a aquella fuerza “inorgánica y caduca” se levantaba “vigorosa y gallarda” la Unión Cívica Radical, representando la voluntad de la gran mayoría del pueblo de la República. En su análisis de la coyuntura, el resultado era fácilmente previsible: “el pueblo que vive y practica los postulados de la democracia” daría el triunfo al único candidato capaz de conducir al país por “la trayectoria que recorre, en marcha resuelta a la conquista de sus brillantes destinos”.⁵² Posteriormente, el matutino festejó el contundente triunfo de Yrigoyen que venía a confirmar su profecía. El resultado de comicios de renovación legislativa de marzo de 1930 constituyó un indicio de que el radicalismo se encontraba en la antesala de lo peor.⁵³ Durante la campaña preelectoral, como solía hacerlo antes de cada elección, *La Nueva Provincia* había exhortado a su público a cumplir

⁵⁰ “La convención antipersonalista”, *La Nueva Provincia*, 21 de abril de 1927, p. 8; “Gallismo y melismo”, *La Nueva Provincia*, 24 de abril de 1927, p. 8.

⁵¹ “La Convención proclamó a Yrigoyen por unanimidad para la presidencia”, *La Nueva Provincia*, 25 de marzo de 1928, p. 3.

⁵² “El acto cívico de hoy”, *La Nueva Provincia*, 1º de abril de 1928, p. 8.

⁵³ Sobre la crisis del yrigoyenismo tras las elecciones de 1928 véase Luciano de Privitello, “La política bajo el signo de la crisis”, en Cattaruzza, *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política* [n. 37], pp. 97-140.

el deber de votar porque así “la política dejara de ser una vibración espasmódica para adquirir la conciencia de un progreso moral con el que se afirmarán los progresos materiales que impulsarán el enaltecimiento de la República”⁵⁴ y, tras de los comicios, siguió atentamente las cifras que iba arrojando el escrutinio. Los vecinos bahienses — comprobaba con asombro — también se mostraban sumamente interesados por el mismo, a juzgar por el número de personas que se concentraban frente a las pizarras del diario durante las horas de transmisión por radio de las noticias. Así reflexionaba:

Si en esta ciudad de gente tan tranquila, tan moderada, tan poco propensa al entusiasmo y a las agitaciones espirituales, no hay en estos días dos personas que hablen dos minutos otro tema que el del escrutinio ¿cómo será la obsesión en el pueblo de la metrópoli?⁵⁵

La causa de tal curiosidad popular —concluía con un dejo de ironía— no se debía a los efectos de una “democracia en eclosión de intelectualidad” sino al simple hecho de que no había otro tema más atrayente. Posteriormente informó que la “insospechada” victoria del Partido Socialista Independiente en la Capital Federal había sido producto de “un adosamiento circunstancial sin envidia proselitista” que se explicaba por el carácter “tomadizo” del electorado.⁵⁶

Unos meses más tarde, el golpe de Estado de septiembre diseñó un nuevo escenario para la Argentina. En el marco del mismo, nuevas imágenes del adversario iban a frecuentar el imaginario político de *La Nueva Provincia*, pero éste constituye posiblemente el tema de un próximo trabajo.

Consideraciones finales

DURANTE las presidencias radicales las distintas representaciones de los antagonistas que frecuentaron el universo político de *La Nueva Provincia* respondieron a las alternativas del juego político que enfrentó al partido oficial con las fuerzas de la oposición. Estas últimas adquirieron el estatus de adversarios o enemigos según la gravedad de la coyuntura política. Así el Partido Socialista pasó de ser considerado por *La Nueva Provincia* un adversario aceptado a convertirse en su

⁵⁴ “El votar”, *La Nueva Provincia*, 3 de marzo de 1930, p. 9.

⁵⁵ “Escrutinio obsesivo”, *La Nueva Provincia*, 13 de marzo de 1930, p. 8.

⁵⁶ “La cifra del escrutinio en Bahía Blanca”, *La Nueva Provincia*, 19 de abril de 1930, p. 8.

enemigo, durante los sucesos ocurridos en 1919. Luego el matutino bahiense retornó a su caracterización original: esta agrupación era un antagonista legítimo en el marco de un sistema político en el que según la lógica, coexistían actores teóricamente equivalentes. Cabe preguntarse por último si “el optimismo democrático” del diario y su confianza en la capacidad del pueblo para elegir a sus gobernantes se iba a mantener cuando dicho pueblo votase a otros candidatos que no pertenecieran al partido de Hipólito Yrigoyen.